





Por Margarita Serrano

◆ Siquiatra, novelista, autor de obras de teatro, estudia los sueños

Marco Antonio de la

Parece que la crisis de los 40 le está pasando a Marco Antonio de la Parra. Hay traza de cansancio, pero aún así, no hay un tono dramático en la manera de contar sus ideas, ni mucho menos en los contenidos. De hecho, está escuchando cuatro obras simultáneamente, estudia los sueños y quiere profundizar mucho en ese tema, las novelas y la encuesta sobre a los recuerdos de padres y apoderados.

En otros países, no tiene un pelo de depresivo, ni tampoco de bohemio. Es profesional, eficiente y responsable. La actitud de lo que se supone es un artista. Lo que pasa es que primero se el doctor De la Parra. Así lo llama la secretaria de su consulta, cuando despierta un llamado telefónico. Y una cosa que se quiere de saber.

El doctor De la Parra, efectivamente, acude a su consulta muy bonita en el barrio El Golf. Hay un silencio sepulcral ahí dentro. Un silencio que hace más íntima la conversación. Al final de la sesión que da al segundo piso, aparece el doctor. Sonríe, sueña, sin dudar al cara de siquiatra. Se le ríen principalmente los ojos, que expresan un montón de inquietudes al mismo tiempo: quiere escuchar, sabe hacerlo, pero también quiere hablar y contar las sus conclusiones que ha descubierto sobre Chile, el libro nuevo, las mujeres, el pragmatismo, la solidaridad, el amor. Todas conclusiones personalísimas y hasta divertidas.

—Cuando sus pacientes se tienden en ese diván, ¿le crees algo después de haber visto alguna de sus obras?

—(Ríe, sin responder) Soy lo más raro que puede con ellos.

Hijo de médico y de

madre con estudios en el Bellas Artes, mayor de ocho hermanos, alumno del Instituto Nacional y criado en una familia de profesionales, laicos, republicanos, con algún ascendente masón, Marco Antonio de la Parra, vivió la primera apertura familiar al catolicismo. Cuenta que tiene con Dios una relación de "seme a tomar un trago con él de repente". Entró a conocer el Nuevo Testamento como un admirador de una literatura y luego pasó a tener acceso a las enseñanzas de no cumplir ese mandato. Hace algunos años descubrió que sus demonios los lleva dentro y que ahora puede disfrutar del amor de Dios sin temor, pero con algún nivel de conflicto.

—¿Cuál podría ser su mayor tentación?

—La fama. Eso es un pecado terrible.

—¿Y dónde está el pecado de ese pecado?

—Esquiar a hacer cosas que se hacen, pero que son pobres y pedestres, como algún programa de televisión o algún rol sociopolítico. Mi porte natural es el de la filosofía, pero no quiero ser famoso.

—Me cuesta creerle. ¿Qué le pasaría si nadie va a ver una de sus obras?

—Me daría mucha lata que así fuera. Pero yo no aspiro al éxito masivo, quiero estar en la pequeña cosa que influya sobre alguien. Prefiero tener prestigio. Vivimos una época totalmente narcisista —las cosas son conmigo, lo importante es mi autoconstrucción— en la que no importa por qué se es conocido. Lo importante es ser conocido. A mí me gustaría que se valorara el esfuerzo prolongado y bueno ser prestigioso más que famoso.

ELESCENARIO EN EL DIVÁN

Durante el régimen militar se prohibió su obra "Lo crudo, lo cocido, lo podrido" y él estaba vetado en televisión. Pero otras obras se

dieron con gran éxito de taquilla. Tampoco se podría decir que él era un fervoroso opositor a Pinochet. Tenía, más bien, juicios críticos bastante universales.

Con la democracia, fue cortado por Aguirre en calidad de agregado cultural de la embajada en Madrid. Estuvo tres años y no quedó contento con su propio trabajo. Dice que el mundo diplomático no tiene nada que ver con él. Pero aquella experiencia sí le sirvió mucho para redescubrir dos cosas fundamentales de sí mismo: que la dimensión artística quiere ampliarla más allá del lenguaje escrito, y que no puede dejar, ni por un instante, de hacer teatro.

—¿Le resulta complementario ser artista y siquiatra al mismo tiempo?

—Tienen que ver con el mismo lado del cerebro. Se han ido juntando en el tiempo. Ambos tienen que ver con el lenguaje, la imagen, el dolor humano. Me da cuenta que lo que me preocupaba era el dolor humano, el cambio, la transformación. Llegué a reencontrarme en Chile con el interés en profundizar en la dimensión teatral y hacer experimentos dramáticos, en momentos en que todos están abandonando los experimentos.

—¿En qué sentido se están abandonando?

—Ahora todos dicen que se acabaron las vanguardias, las utopías, los riesgos. Interesa lo que vende más. Pero a mí me interesa investigar. Quiero descubrir cosas. Quiero un teatro minoritario, extraño. No me interesa estar al centro, quiero estar en la periferia, buscando cosas de lo que viene. De lo que está en el aire, me interesan más las cosas incógnitas que lo que está en la pista del circo.

—¿Qué es lo que ha descubierto en esta búsqueda marginal?

—Lo primero que aparece brutalmente son las personas frías, que antes estaban relegadas al segundo plano. La manera de tratar que me aparece



— "Ahora todos dicen que se acabaron las vanguardias, las utopías, los riesgos. Interesa lo que vende más. Pero a mí me interesa investigar. Quiero descubrir cosas. Quiero un teatro minoritario, extraño", declara De la Parra.

Marco Antonio de la Parra, de humor y de miseria [artículo]
Margarita Serrano.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Serrano, Margarita

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Marco Antonio de la Parra, de humor y de miseria [artículo] Margarita Serrano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile